

y degurgitaba ó dormía mientras el imperio se incendiaba. Los pretorianos habían enseñado á los soldados el secreto de hacer emperadores, y cada grupo de legiones quiso tener el suyo; las de Siria proclamaron á su jefe Vespasiano, que se ocupaba en ahogar en sangre una insurrección política y religiosa que había estallado en Judea; las legiones ilíricas secundan el movimiento, penetran en Roma sublevada, el populacho se defiende, es incendiado el Capitolio en la lucha y Vitelio, que se había fugado con su cocinero, es despedazado y arrojado por las cloacas al Tíber (69). En año y medio habían pasado tres emperadores por el trono.

6. *Los Flavios: Vespasiano; Tito; Domiciano.*—Con T. Flavio Vespasiano, hijo de un campesino de la Sabina, cesa la espantosa mascarada que con Calígula había comenzado y que había tocado á su apogeo con Nerón, el olímpico, el ístmico, el pítico, cuya voz sagrada bendecían las multitudes en los circos de Grecia é Italia; Vespasiano procuró hacer estable la cosa pública y después hacer prosperar el imperio (Suetonio). Sus obras de más trascendencia fueron: la renovación del Senado con los jefes de las familias más dignas de las provincias (de España, sobre todo, que recibió entera el *derecho latino*), atraídos á Roma, colmados de honores y encargados de colaborar en la obra imperial, y la fundación de numerosas colonias flavianas. Avaro como era, el emperador gastó, sin embargo, sumas fabulosas en la restauración del Capitolio y en la construcción del *Anfiteatro Flavio*, inmenso edificio que, por estar cerca de una estatua colosal que Nerón se había erigido, dió el pueblo en llamar *Colosseum* (hoy Coliseo).

Los germanos de Batavia y del Rhin se habían puesto en movimiento, y animados por una profetisa, Véleda, habían obtenido algunos triunfos é intentaban fundar en las Galias un imperio germánico; exceptuando el jefe bávaro Civilis, los demás perecieron.—Desde el golpe de muerte dado por Pompeyo al reino judío de los ashmoneos, los príncipes de esta dinastía se habían visto poco á poco suplantados por otra originaria de Idumea, la de los Herodes, bajo los auspicios de los Césares; Herodes el Grande obtuvo de los dueños del mundo la diadema, reparó el Templo, restauró á Samaria bajo el nombre de Augusta y vivió en medio de los horrores y escándalos de una corte oriental; después de su muerte se abre un período de anarquía que obligó á los romanos á convertir en provincia la Judea; pero hacía largo tiempo que una agitación moral y religiosa dominaba allí los ánimos; las ideas mesiánicas habían tomado proporciones extraordinarias; los profetas, los taumaturgos, los bautistas anunciaban *la proximidad de los tiempos*; la mala administración de los procuradores imperiales hizo al fin estallar la revuelta. Vespasiano dejó

á su hijo Tito el cuidado de reprimirla, y éste, ayudado de las incurables divisiones de los sectarios judíos que se batían entre sí al mismo tiempo que con los romanos, se apoderó de la ciudad y arrasó el Templo después de uno de los sitios más sangrientos de que hace mención la historia.—Tito sucedió á su padre en 79 y se mostraba bondadoso, según parece; pero murió bien pronto (81) dejando el trono á su hermano Domiciano. Quince años duró el reinado del último de los Flavios, el perseguidor de los estoicos (desterró á Epicteto y Dion Crisóstomo, dos inmaculados apóstoles) y de los cristianos que ya contaban prosélitos hasta en la familia imperial; protector siniestro de la religión, hizo enterrar viva á una vestal culpable; inflado de vanidad, fué amigo de un poeta finísimo, Marcial, y de otro que era el primero entre los de segundo orden que Roma ha producido, Estacio, ambos infames aduladores de Domiciano á quien Juvenal llamó *el Nerón Calvo*. La delación era la gran profesión de aquel tiempo, y eso se explica, porque en el emperador la crueldad estaba en relación con el miedo; una conspiración tramada en el mismo palacio imperial acabó con Domiciano el año de 96.

II.

LOS ANTONINOS.

1.—Nerva y Trajano.—2.—Hadriano, Antonino.—3.—Marco-Aurelio y Commodo.—4.—La sociedad pagana.—5.—La iglesia cristiana.

1. *Nerva y Trajano.*—El Senado, que desde que Tiberio suprimió los comicios había reasumido el supremo poder electoral, al saber que Domiciano había sido asesinado por un esclavo suyo, nombró á uno de sus miembros emperador. La elección no había sido prudente; por fortuna sí recayó en un anciano, este anciano era Nerva, que no sólo hizo cesar el régimen de terror establecido por el último Flavio, sino que designó por su colega y sucesor á M. Ulpius Traianus, que era, sin duda, el más conspicuo de los generales del imperio. En 98 murió Nerva, y Trajano fué á Roma, entró en el palacio imperial como un simple particular con su esposa Plotina é inauguró la Era de los Antoninos, la *edad de oro* de la historia de Roma.—El nuevo César, primer provinciano que ocupaba el trono, había nacido en España, en esa Itálica que había de cantar muchos siglos después en admirable silva Rodrigo de Caro, y pertenecía á una de las honradas y sanas familias de provincia aclimatadas en los honores más altos del imperio por Vespasiano. El Senado se sintió ro-

deado de respeto por el príncipe que veía en él encarnada la majestad de la historia; la sociedad se sintió rodeada de solicitud paternal é inteligente; nunca las funciones tutelares del Estado romano se ejercitaron por más benéfico modo. Trajano, que había ordenado severamente la hacienda pública, encontró el dinero suficiente para prestar á cuantas personas honorables podían dar una propiedad en hipoteca, con la condición de pagar el pequeño interés que se les exigía, al municipio en que estaban radicados, para sostener una institución de beneficencia pública destinada á dar alimentos á los niños pobres de nacimiento libre. Así lograba el emperador fomentar el crecimiento de la clase media y hacer una obra de caridad. Eso sí, para vigilar la administración de los tesoros municipales nombró ciertos magistrados, los *curatores reipublicæ*, que marcaron el principio de la decadencia de la autonomía municipal. Fué gran constructor de magníficos monumentos en Roma, como la columna famosa que lleva su nombre y que hizo imitar Napoleón en París; la plaza pública rodeada de suntuosos edificios llamada *Forum Traiani*; y puertos nuevos y puentes y caminos de asombrosa solidez, por donde quiera. Mas Trajano era un guerrero: quería conquistar más países que Alejandro; pero práctico como buen romano, nunca perdió de vista que el fin de estas conquistas era la consolidación definitiva de las fronteras: entre el Rhin y el Danubio, de Maguncia á Ratisbona, existía una línea enorme de fortificaciones y muros, á través de montes y valles, que defendía el vasto territorio colonizado que llevaba el nombre de «tierras que pagaban diezmo» (*campi decumates*, el Wurtemberg y Baden actuales) y que era el mejor resguardo de aquella frontera; hacer lo mismo en el curso inferior del Danubio, camino natural de las invasiones, en la región comprendida entre el Theis, los Karpathos, el Pruth y el Danubio, habitada por un pueblo levantisco de origen tracio, que llevaba el nombre de *Dacio*, fué el objeto del emperador. En dos grandes campañas venció á los dacios y organizó la colonización de la comarca, tan rápidamente y con tal acierto, que á pesar del diluvio de invasiones germánicas, tártaras y eslavas que sobre ella han pasado, subsisten ahí el espíritu y la lengua latina y aun hoy lleva el nombre de Rumanía. Lo mismo quiso hacer en Oriente y pareció lograrlo; las legiones llegaron vencedoras hasta las playas del golfo Pérsico y tres grandes provincias surgieron á su paso: Armenia, Mesopotamia, Asiria.....pero la retirada se tornó desastrosa y el Oriente fué fatal al emperador que murió en la costa de Kilikia, designando como sucesor á su sobrino político Hadriano (117).

2. *Hadriano; Antonino*.—El Senado hacía votos en el advenimiento de cada emperador, porque éste fuese más feliz que Augusto y mejor que Tra-

jano; algunos historiadores creen que Hadriano lo fué, y en cierto sentido tienen razón.—Era un griego por sus ideas, su temperamento, sus hábitos y quizás por sus vicios; fué el primer hombre de Estado y el primer *curioso* de su tiempo; ahora diríamos *un dilettante*. Empezó por abandonar buena parte de las conquistas asiáticas de Trajano y fortificó las fronteras así reducidas, con una exquisita minuciosidad y una inteligencia admirable del arte de la defensa, como lo demuestran los restos de murallas romanas que aun se conservan en Escocia: así, á pesar de la paz, mantenía al soldado en constante actividad, de la que él mismo daba ejemplo. Pero no sólo visitaba las fronteras, sino las provincias, y en ellas todo lo que había que ver; durante catorce años que sus viajes duraron, Hadriano, seguido de una legión de constructores y cayendo sobre las provincias cual una lluvia de oro, como decía el hierofante de Eleusis, reconstruyó ciudades, levantó templos y realizó tantas obras de utilidad ó decorativas, que el mundo entero, pero sobre todo Grecia y Oriente, aun guardan, en innumerables reliquias, huellas de su paso; el emperador, que aceptaba los títulos de las altas funciones de las ciudades importantes como Athenas, en donde fué Arkonte, se identificaba, por decirlo así, con el imperio.—Reformó y dió una organización definitiva y un carácter oficial á la administración, reemplazando en los puestos administrativos á los libertos con individuos del orden ecuestre; ya no fué, pues, la administración una domesticidad imperial, sino una oficina pública. Procuró codificar la legislación, dando al *edicto*, constantemente reproducido por los jefes de la justicia romana (los pretores), fuerza legal en todo el imperio. Dicen que al fin persiguió á los cristianos; esto es dudoso en un hombre tan delicadamente escéptico y tolerante. Seis años antes de su muerte hizo reprimir de un modo espantoso la última de las rebeliones judías; cerca de 200,000 hebreos fueron sacrificados y casi todos los otros obligados á dispersarse por el mundo. En su *villa*, rodeado de monumentos de arte, murió Hadriano en 138. Su mausoleo, convertido en fortaleza, se llama hoy *castillo de Santangelo*.—Hadriano, á quien se ha reprochado cierta falsedad de carácter y movilidad de espíritu, consumó la obra de unificación del mundo antiguo bajo los auspicios de Roma y con el espíritu de Grecia.—Su sucesor Antonino, que ha dado su nombre á la serie de emperadores del segundo siglo, era un hombre excelente é inactivo (nunca salió de Roma) que dió un carácter de felicidad íntima á la paz del mundo; endulzó y humanizó cuanto pudo la legislación respecto de los esclavos, obra iniciada por los libertos imperiales; protegió á los niños y quiso resucitar la perdida fe del pueblo en los dioses; al efecto renovó y fundó templos y restauró las prácticas religiosas, de donde su sobre-

nombre de *pío*. De antemano estaban designados por Hadriano, para suceder á Antonino, Lucio Vero y Marco-Aurelio que subieron al trono cuando murió en 161 el emperador que, al tiempo de morir, pronunció la palabra que lo caracteriza mejor: *equanimitas*.

3. *Marco-Aurelio; Commodo*.— Antonino había protegido á los filósofos, que no como simples pensadores, sino como directores de conciencias hacían en esa época un importantísimo papel; Marco-Aurelio fué uno de ellos. Asociado á su hermano adoptivo L. Vero que murió poco después y que tuvo un papel secundario, desde el primer momento de su gobierno se mostró tan deferente con el Senado, tan respetuoso de la tradición y la ley, que nunca fué mas cierta que en él la realización del ideal de los grandes repúblicos del imperio, *unir el principado y la libertad*. — M. Aurelio predicaba la igualdad fundamental de todos los hombres; la filosofía estoica, cuyo credo confesaba el emperador, se había humanizado profundamente al pasar por las almas de Dión y Epicteto; siguiendo sus máximas, M. Aurelio no sólo rodeó al esclavo de toda especie de protección, sino que favoreció de mil modos las emancipaciones. Lo mismo hizo con los niños pobres, con los huérfanos, consolidando y aumentando las instituciones de beneficencia pública de sus antecesores. ¡Dejó, sin embargo, perseguir á los cristianos! Fué el mismo error espantoso de la iglesia predicando cruzadas de exterminio y presidiendo los autos de fe, contra infieles y herejes! Por una especie de ironía de la suerte, aquel hombre pacífico y manso tuvo que pasarse la vida á caballo en las fronteras, en donde, al mismo tiempo que las guarniciones habían decaído en espíritu militar, en medio de la paz y la prosperidad, nuevas hordas germánicas, *los marcomans y los kuads*, rompían los diques del imperio y de un empuje llegaban á los límites de Italia; M. Aurelio empleó largos años en contenerlos. En medio de la vida agitada del campamento redactaba esa especie de examen de conciencia, conocido vulgarmente con el nombre de *Pensamientos*, y que es, como se ha dicho, el Evangelio del paganismo. — El año de 180 murió en Viena, designando por sucesor á su hijo Commodo Antonino que se apresuró á hacer una paz cualquiera con los germanos, y corrió á Roma á disfrutar del imperio. Durante el primer siglo la sucesión había sido por designación del emperador que recayó en sus descendientes varias veces; los Antoninos, como no tuvieron hijos, habían usado de la simple designación. Marco-Aurelio volvió al imperio hereditario y el heredero fué un insensato más cruel que Domiciano y más impuro que Nerón, según el veredicto del Senado. Se hacía adorar como un Hércules, pasaba la vida luciendo sus aptitudes físicas en el circo y, dejando el gobierno á sus favoritos, sólo se ocu-

paba en matar fieras y en ordenar ejecuciones. Su manceba Marcia, cristiana según algunos, lo hizo matar en un baño de gladiadores (192).

4. *La sociedad pagana*. — La sociedad pagana fué feliz relativamente bajo los Antoninos; el mundo, organizado y disciplinado admirablemente, se movía como un mecanismo perfecto, cuyo regulador supremo fuese el emperador; hasta hubo cierta libertad, la que permitía la voluntad del soberano que, por la utilidad común, había cargado sólo con el cuidado de todos (Plinio II). En cuanto á la verdadera libertad, que es la vida, ni el emperador era capaz de otorgarla, ni el imperio capaz de practicarla: murió por eso. — Dirijamos una rápida ojeada á la organización política: en el fondo era la realizada por Augusto; más lenidad en los príncipes, más importancia del Senado formado por los próceres de las provincias, poco apegados á la tradición republicana, y convertido en alto cuerpo consultivo y á veces en supremo tribunal de justicia; aumento creciente de la corte (*cohorte*) imperial en diversas clases distribuída; el orden ecuestre encargado de todos los empleos administrativos, y la plebe, mejor alimentada y divertida que nunca, haciendo el papel de comparsa en el drama; tal es en resumen la situación política de la capital. En las provincias aumenta la prosperidad, gracias á la paz, que fomenta el comercio y crea la industria. En cada municipio se retrata la capital con su Senado (los decuriones) formado de propietarios, sus *dunviros* ó cónsules y sus aspiraciones perpetuas á gozar de la plenitud del derecho romano, que muchos obtuvieron bajo los Antoninos. Las fortunas privadas crecían en relación con la fortuna pública, pero los emperadores daban ejemplo de economía y sencillez; y aunque es un tópico en la historia clásica hablar de la espantosa corrupción del mundo romano, esto no es cierto sino de las grandes ciudades como Roma, Alejandría y Antioquía; pero en el resto de la población del imperio, las virtudes sociales eran practicadas y ensalzadas; precisamente á esto se debió que los emperadores que salían de estas sanas familias provinciales aclimatadas en Roma, fuesen tan buenos, fuesen los Antoninos; naturalmente aquella máquina social, cuyo combustible era el trabajo del esclavo y del colono, que era casi un siervo, aplastaba en su camino muchas almas y muchas conciencias; así fué entonces, así es hoy.

Pero ya lo dijimos: faltaba, para hacer del imperio un organismo moral, la libertad, es decir, la responsabilidad; á falta de ella, se notaba una especie de penumbra que iba velando al espíritu humano; á eso se debe la decadencia de las letras, p. e. Después del siglo de Augusto, ya en el mismo siglo primero, esa decadencia se marca; la falta de sinceridad y la sobra de retórica, de declamación, es una enfermedad que desde los emperadores hasta los escolares se extiende como una mancha de aceite. Cierto, entre los poetas hay

algunos distinguidos como Lucano, en cuyo poema *la Farsalia* campea un estilo ampuloso sembrado de bellísimos versos; *Persio*, oscuro y elocuente poeta estoico; *Marcial*, elegantísimo y obscuro y servil creador del epigrama latino; *Petronio*, refinado epicúreo, árbitro del buen gusto en la corte de Nerón, que escribió en admirable estilo un poema: el *Satyricón*, cuadro pornográfico y sarcástico de las costumbres de su tiempo (aunque es controvertible la época en que este poema se publicó), y por último, Juvenal, retórico y soldado, que, en sus *satyras* nos ha dejado un retrato apasionado y exagerado, pero elocuentísimo y de un espantoso realismo, á veces, de los vicios de los romanos.— Entre los prosistas descuellan: Tácito, el gran acusador de los tiranos del primer siglo, á quien se reprocha el estilo retórico, pero que supo poner su pasión por el pasado republicano al servicio de la verdad, y que en un tono amargo y triste y con expresiones llenas de color y de vida, ha llevado á la historia la pintura de los caracteres y el análisis psicológico de los sentimientos con incomparable talento; Suetonio, que más que historiador, es un compilador inteligente de anécdotas sobre los doce primeros Césares, menos auténticas quizás que interesantes; Quintiliano, correctísimo profesor de retórica; los dos Plinius, el primero compilador notable de datos sobre la historia natural, la geografía, la medicina y la historia del arte; el segundo, rendido cortesano, pero simpático por los sentimientos que demuestran sus cartas á Trajano. (El primer Plinio murió asfixiado, observando el año de 79 la gran erupción de ceniza y lava del Vesubio, que cubrió con lo primero, es decir, ahogó literalmente á la risueña y activa población de Pompeya, que en nuestro tiempo ha mostrado á la luz su curiosísimo esqueleto, y llenó de lava á Herculano, haciendo mucho más difícil su resurrección). Al fin del segundo siglo la literatura latina iba á su ocaso, aunque en él brilla Apuleio, el autor del cuento *el asno de oro*, filósofo africano tachado de mal gusto y de excesivo amor por lo fantástico, pero á veces encantador, como en la fábula del Amor y Psiquis, y siempre original y fácil.— En tanto las letras griegas renacían con Plutarco, Casio Dion y el espiritual Luciano; y las ciencias, que casi nada debieron á los romanos, contaban con astrónomos como Tolomeo, y médicos como Galieno.

La *filosofía*, llevada por los romanos al terreno práctico de la dirección de la vida, lo impregna todo de pensamiento é ideal en el primer siglo del imperio, y triunfa y reina en el segundo. Los pedagogos, los retóricos griegos, tan aborrecidos de Juvenal, acaban la transformación del alma romana, haciéndola apta para las más altas lucubraciones, aunque siempre orientadas hacia lo útil y lo real. No había diferencias de escuelas; de todos los sistemas se había formado un sistema eclético; pero como de todos se infería una moral y como

la moral estoica era la más severa, ésta fué, ó admirada ó profesada, y con ella el ascetismo, el examen de conciencia, la abstinencia, el amor de la pobreza.— Séneca fué el apóstol de esta manifestación romana de la filosofía estoica, que bajo su pluma se vuelve tan humana y tan pura; de él son estas admirables sentencias: el infortunio es sagrado; el hombre debe ser sagrado para el hombre, y esto lo decía condenando las sangrientas diversiones del circo en que los gladiadores morían saludando al César ó al pueblo (ave, César, morituri te salutant). Los estoicos lucharon con los tiranos, fueron el alma de la oposición y sellaron su odio santo con el martirio frecuentemente. En tiempo de los Antoninos la paz entre la filosofía y el imperio se celebró; los filósofos, como los monjes habían de hacer en la Edad Media, llevaban por los pueblos su misión de concordia y de paz; unos daban conferencias, otros predicaban, confesaban otros; todos los hombres de valer tenían su director de conciencia que los reconciliaba con la muerte. Epicteto, el santo esclavo pagano, había predicado la fe inquebrantable en Dios y la doctrina del desprendimiento absoluto. Con Marco Aurelio los filósofos gobernaron; á su llamamiento acudieron de todas partes y, como los monjes, se mostraron sucios, groseros, ávidos muchas veces; el filósofo imperial les distribuyó el gobierno del mundo y recogió la rebelión de Avidio Cassio, que era una protesta romana contra *el pensamiento* substituído á *la voluntad* en la dirección del imperio. Marco Aurelio, que había vestido desde niño el manto del filósofo, era, sin embargo, un hombre demasiado práctico para no aconsejar siempre á sus agentes la modestia, limitando su vano empeño de corregir con discursos á los hombres. La grande obra de la filosofía pagana fué, durante el siglo de los Antoninos, una predicación, constante, paralela á la del cristianismo, que disolvió el dogma politeísta, encaminando á todos los cultos hacia un ideal único, y realizando en la legislación su programa moral y humano, endulzando la suerte del esclavo, la mujer y el niño.

5. *La Iglesia Cristiana*.—Señal de la intranquilidad mental de aquel tiempo era el incremento y el séquito que alcanzaban los sensuales y misteriosos cultos orientales en todo el imperio y sobre todo en Roma; lo más fantástico, lo más simbólico, lo más lúgubre atraía y embriagaba más; aquella sociedad que esperaba una curación milagrosa de una recóndita enfermedad, que no podía analizar, pero que sentía á modo de vago y perenne dolor, parecía atacada de *neurosis*. Entre todos los cultos orientales, el culto simbólico del sol, importado de Persia con el nombre de religión de Mithra, era el más popular por sus ritos extraños como el bautizo de sangre, la penitencia, la eucaristía, las unciones sagradas, y por su facilidad en confundirse con los otros cultos; fué

la forma del paganismo que más resistió á los cristianos.—Reinando Tiberio, había sido crucificado, como el más degradado de los criminales, un personaje que se decía descendiente de David y legítimo rey de los judíos por ende, á quien muchos saludaban como un maestro y en quien un pequeño grupo de hombres humildes creía ver el Meshí ó Mesías, salvador prometido al pueblo de Dios. Ieshua ó Jesús, que así se llamaba, era un inocente; había llevado la vida intachable de los santos y los profetas, había predicado el amor y la misericordia como base absoluta de toda conducta, y había muerto, víctima del miedo de los romanos hacia todo agitador, para añadir á su palabra sencilla y pura la predicación sublime del ejemplo.—Su recuerdo inspiró tan profundo amor á los suyos y ese amor se convirtió en tan profunda fe, que, sin temor á los romanos, el grupo de los discípulos de Jesús comenzó á propagar *la buena nueva* (Evangelio), es decir, la noticia de la venida del Mesías, personalidad milagrosa y divina, y la enseñanza que había predicado. Las ciudades de Siria, sobre todo la populosa y cosmopolita Antioquía, presentaron un buen terreno al proselitismo de la religión del Mesías ó *Cristos*, como traducían los helenos, dando á sus sectarios el nombre de *cristianos*. Pero la nueva religión se presentaba como una herejía ó disidencia del judaísmo; San Pablo la dió autonomía llamando á ella á *los gentiles*, aboliendo las prácticas judías que la embarazaban y acomodando su lenguaje al del mundo greco-latino. El comenzó el desenvolvimiento de aquella doctrina con un solo dogma: el amor de Dios por los hombres hasta redimirlos del mal por obra de su hijo el Cristo Jesús; una sola moral: el deber de los hombres de amar á Dios amándose entre sí, y un solo rito: la comunión de los cristianos por la distribución del pan, símbolo de la comunión de las almas con Dios.—En Roma misma, aquella sencilla novedad, hizo entre los pobres artesanos, marineros, esclavos, muchos convertidos, sobre todo en los barrios, en que había sinagogas judías, en donde los apóstoles hacían su aparición, causando hondas perturbaciones en la conciencia de las multitudes. Nerón los hizo aparecer en la historia como víctimas, después del incendio de Roma; pero la clase popular y la media poco rica, acogían con ahinco aquella nueva doctrina oriental, que elevaba sorprendentemente el ideal de la vida, y los pequeños grupos ó iglesias se multiplicaban, se organizaban y se comunicaban incesantemente entre sí, poniendo en contacto el Oriente, donde eran ya profundas las masas cristianas, con el Occidente, y gravitando poco á poco hacia Roma como un centro, porque era el centro del imperio.

Las supersticiones paganas eran tantas y tan minuciosas, que, á pesar de sus elementos sobrenaturales, el cristianismo exigía mucho menos sacrificios

de la razón que los cultos paganos. Ya en el siglo II, todo lo que el cristianismo debía decir, quedaba dicho: su organización con sus *presbíteros* ó ancianos y sus *episcopos* ó vigilantes está ya trazada; sus dogmas fundamentales, como la Trinidad, están todos en germen en los Evangelios, en las Epístolas; su filosofía se va formando con la idea griega de la inmortalidad del espíritu, conjugada con la creencia hebrea de la resurrección de los muertos; sus sacramentos y ritos, como el bautizo de los adultos, la confesión pública, la unción medicinal y sagrada á un tiempo y, sobre todo, la comunión eucarística, e. d., acompañada de la acción de gracias, que es el fundamento de la reunión dominical de los fieles y el símbolo por excelencia de su fe, de donde se originó *la misa*, existen ya.—Los cristianos tienen sus asociaciones ó colegios para enterrar á sus muertos, porque rechazan la incineración, y empiezan, como los judíos y los sectarios de Mitra, á cavar vastos subterráneos que hoy llamamos *catacumbas*, como las cavadas en las cercanías de Roma en donde costaba tanto el terreno superficial; allí en los tiempos de persecución se enterraban los mártires y se celebraban las reuniones secretas de los fieles.—Roma admitía todas las religiones que podían avenirse con la suya, sobre todo con la nueva religión política que simbolizaba la adhesión absoluta al imperio; imperio y religión, patria y dioses eran lo mismo; los cristianos podían adorar á Jesús, pero debían rendir homenaje en los altares del emperador.—Los cristianos no sólo resistían, sino que proclamaban la mentira satánica de aquel culto; de aquí las persecuciones parciales de los tres primeros siglos, que se exacerbaban siempre que había alguna calamidad pública que atribuía el pueblo á la cólera de los dioses.—Las persecuciones hicieron numerosísimos mártires (Renan) pero no fueron continuas; los cristianos presentaron en ellas tipos divinos de adhesión á la fe, que serán en todos los siglos el consuelo y el honor de la conciencia humana; pero es preciso convenir en que aquellos creyentes, sumisos á la ley y al emperador como nadie, minaban todo el edificio imperial despreciando la religión que era su base; eso explica que hombres intachables, como Marco-Aurelio, hayan permitido horribles persecuciones.

En suma, el desenvolvimiento del cristianismo se explica por causas internas y externas; en las internas se distinguen estas principalmente: 1ª Predicaba la esperanza, es decir, la ventura en la otra vida á los que sufrían en ésta; y la filosofía casi nada prometía y casi nada las supersticiones politeístas. 2ª Era una religión universal, que no distinguía razas ni patrias, ni clases, ni situaciones; para ser cristiano bastaba ser un hombre y creer; entretanto que todas las religiones politeístas eran locales y la religión universal

de Roma y el Emperador era una ficción. Causas externas: 1ª Unificación del mundo por los romanos, ruptura de todas las divisiones nacionales y locales, y preponderancia de sólo dos idiomas, el griego y el latín. 2ª Tolerancia respecto de las sociedades organizadas entre los pobres para enterrar á los muertos, á cuya sombra se organizó la iglesia cristiana. (Véase Lacour—Gayet: *Histoire romaine*.)

III.

EL TERCER SIGLO.

1.—Los Severos.—2.—La anarquía militar.—3.—Los príncipes ilirios.—4.—La Jurisprudencia Romana.

1. *Los Severos*.—A la muerte de Commodo, los senadores nombraron á un anciano, hijo de un carbonero, Pértinax; empezó escatimando el donativo prometido á los pretorianos, que cerca de tres meses después lo asesinaron y pusieron el imperio en pública subasta; Didio Iuliano que ofreció cerca de mil doscientos pesos por soldado, fué elegido en el pretorio; sesenta días después lo degollaban sus electores. Todas las legiones se habían sublevado; las de Iliria proclaman á su jefe el africano Septimio Severo que se adueña de Roma (193), castiga á los asesinos de Pértinax y en dos campañas en Asia y las Galias vence á sus competidores. Esas guerras fueron cruentísimas; vez hubo en que el pueblo de Roma se levantara espontáneamente en el circo gritando unánime *Paz, Paz*. Septimio, triunfante en la lucha civil, marchó contra los parthos, los venció en todas partes, penetró en sus capitales Seleukia, Babilonia y Ktesifon, dejándolos tan debilitados que pronto desaparecieron de la historia. De vuelta en Roma en 203 se ocupó en administrar, y asesorado por los más grandes jurisconsultos, los más renombrados en la historia de la elaboración de la jurisprudencia romana, como Papiniano, su prefecto del pretorio, Ulpiano y Paulo, dictó leyes profundamente humanas, mientras que su esposa y las hermanas de ésta, las tres Julias, se rodeaban de filósofos y literatos y trataban de salvar al paganismo, haciéndolo monoteísta y filosófico y humano. Severo murió en Bretaña, durante una campaña con los caledonios; su última palabra fué *trabajemos* (211). Por desgracia aquel emperador tan sensato, tan rígido y tan activo, dejó á sus hijos el trono; el uno, Caracalla, mató á Geta, su hermano, y reinó solo; era un loco, horriblemente sanguinario como Nerón ó Commodo. Hizo dos cosas buenas entre otras abominables: dió á todos los hombres libres del imperio el de-

recho de ciudadanía y construyó para el pueblo romano las *termas*, palacio balneario que llevó su nombre y que fué una maravilla de grandeza, de opulencia y arte. Macrino, prefecto de Caracalla lo mató en 217 y se hizo proclamar emperador en Mesopotamia; *era el primer personaje del orden ecuestre que subía al solio*. Pero una de las Julias de la familia de Severo, presenta á las tropas á su nieto Basiano, sacerdote del sol en Siria, y apenas adolescente. Macrino es muerto en su fuga y Basiano, con el nombre de Elagabal, va á Roma á inaugurar un reinado de goloso y de impuro que es el bochorno de la historia; se hacía servir lenguas de ruisseños y, empeñado en ser emperatriz, reunió un senado de mujeres para legislar sobre modas. Un motín acabó con él, y y su primo Alejandro Severo sube al trono á los diez y seis años; filósofo y humanitario, veneraba á Jesús como á Orfeo; de carácter debilísimo, dejó degollar á su prefecto el gran Ulpiano, en su presencia. La desaparición de los parthos y la aparición de un segundo imperio persa bajo la dinastía de los *Sasánidos* lo obligó á combatir en Asia; una invasión germánica lo atrajo á la frontera del Rhin; allí lo asesinó un soldado, famoso por sus fuerzas hereúleas, *Maximino*, que se hizo aclamar emperador (235).

2. *La anarquía militar y los emperadores provinciales*.—Siguióse una espantosa confusión; Maximino avanzó hacia Italia; en Africa fueron proclamados emperadores dos Gordianos y muertos en seguida; Pupieno y Balbino, nombrados por el Senado, sucumbieron á manos de los pretorianos, después de haber sido asesinado el matador del último Severo. Un niño, Gordiano III, obtuvo el imperio y partió con un excelente consejero, Timesiteo, á combatir á los persas; muerto este ilustre personaje, un oficial árabe, y probablemente cristiano, Filipo, hizo perecer á Gordiano, vino á Roma, y poco después sucumbió combatiendo en Verona á uno de sus oficiales que se había rebelado contra él (249). Este oficial era Decio, el terrible perseguidor de los cristianos.—Aparecen entonces en escena los *franks* sobre el Rhin, y en el Danubio los *goths*, que habían bajado de la Escandinavia boreal, y extendiéndose á lo largo del Vístula habían penetrado en Dacia y contemplado con inmensa codicia las opulentas ciudades del imperio. Cuando salvaron el Danubio quiso contenerlos Decio y fué vencido y muerto (251). Comienzan de nuevo las legiones á hacer emperadores y siguen los germanos (*alamans* y *goths*) rompiendo las fronteras de Italia é invadiendo el Asia Menor, mientras el rey persa Shapor conquista la Siria. Allá corre el nuevo emperador Valeriano y es capturado y afrentado por el persa. La situación era terrible; Galieno, hijo de Valeriano, es el emperador en Roma; pero cada provincia, cada legión tiene el suyo. Esta anarquía salvó al imperio; uno de esos emperadores provinciales, Póstumo, con-